En Torno a José Antonio Ramos y su Labor como Novelista

*En el homenaje organizado por
el Ateneo de La Habana, el 20 de
noviembre de 1946.*

CORRÍA el año 1911. Fué en el entreacto de una de las funciones de ópera que se llevaba a cabo en el teatro Payret, en una de aquellas temporadas anuales que indefectiblemente se organizaban y que conjuntamente con las dramáticas, daban a la ciudad de La Habana altos espectáculos de tono artístico y social. Se representaba aquella noche *Il trovatore*, de Verdi; se acababa de cantar el tercer acto y el público había rendido clamorosa ovación al tenor que desempeñaba el rol de Manrico, haciéndole repetir una vez más, sin compasión para el esfuerzo realizado, gracias al cual emitía por tres veces el esperado “do de pecho”, las famosas “cabalettas” que constituían la hora de prueba de los cantantes de su género. Terminado el acto, el público de palcos y lunetas comentaba en el vestíbulo del teatro la portentosa hazaña de aquella voz poderosa; y con gran asombro mío observé, destacándose entre un grupo de periodistas, entre los que se hallaban Francisco Hermida (que redactaba la crítica teatral de *La Discusión*), Eduardo Alonso, que con el seudónimo de Amadís, escribía la de *El Mundo*; Max Henríquez Ureña, Isidoro Corzo y otros, un joven de copiosa melena negra, frente despejada, nariz bien proporcionada sobre la que cabalgaban gafas, y ojos muy fulgurantes tras éstas, que con gesto indignado protestaba de aquellas manifestaciones que él consideraba negativas de la buena sensibilidad artística; y como si ahora le oyera, recuerdo sus palabras:

"este público que se despepita por el 'Di quella pira' (se refería a las cabalettas) nunca podrá comprender la emoción de 'Parsifal'; hay que ir contra esto y hay que decirlo con valentía". Y abandonando el grupo se alejó malhumorado, como si acabara de sufrir un profundo revés en sus más caros intereses.

Me interesé por saber quién era aquel sujeto que de modo tan decidido y ardiente, como si se tratara de algo que tocaba muy de cerca a su hacienda o a su honor (móviles que excitan siempre indefectiblemente las mayores vehemencias humanas) tronaba contra el "Di quella pira", que era como tronar contra la vigencia del gusto arraigada en la tradición, y proclamaba la necesidad imprescindible de sustituir la inclinación hacia las melodías de la ópera italiana, por la concepción wagneriana del drama musical. "Es José Antonio Ramos (me dijo alguien), un joven muy culto, que lee mucho, que escribe en los periódicos y hasta publica libros y que le ha dado la locura por ahí." Esta fué la primera vez que lo vi, y lo vi en la misma postura combativa, pero de una sinceridad incontrastable, con que lo contemplé siempre, hasta meses antes de morir. Fué un inadaptado, cargado de razones y saturado de sabiduría. Tuvo la obsesión de transformar a su pueblo en lo político y en lo social, como quiso hacerlo prescindir de su inveterado gusto por el "Di quella pira"; y en una línea recta, sin claudicaciones, arremetió contra todos los agravios cometidos en detrimento de la salud cubana, en lo espiritual y en lo material; y tuvo la ingenuidad de creer que a través de su pluma podía enderezar tantos entuertos, en un pueblo de grandes virtudes, de innegable inteligencia, pero que, no obstante su curiosidad, sufre el inmenso y peligroso defecto de ser un pueblo que lee poco. Para ello, escribió novelas, dramas, ensayos, artículos de periódico, conferencias; todo pletórico de enjundia, armazones que sostenían tesis medulares que responden a dolorosas y desnudas verdades, pero que no han servido más que para destacar su nombre como uno de los escritores mejor organizados de nuestro tiempo. Nuestro público se ha alejado de la ópera, porque las generaciones actuales no la conocen; pero cuando de vez en vez vuelve al palco escénico una obra de esta índole, el público sigue aplaudiendo a rabiar el "Di quella pira"; y el "do de pecho", en lo artístico, como en lo político y en lo social, sigue siendo esperado con ansias irrefrenables por nuestro gran público, que es el que impone su gusto, porque a él se pliegan los que deben ser directrices y no dirigidos.

Años después de aquella noche memorable en que recibí tan imborrable impresión de Ramos, y siendo él vicecónsul de Cuba en Lisboa, por el año 1916, publiqué yo un drama, *Adaris*, que era el producto de mis primeras lecturas y de mis incipientes inclinaciones hacia las letras; el resultado de un mundo forjado a través de los libros y no de la experiencia, de la observación y de la elaboración del espíritu despojado de las influencias dominantes de otros pensamientos, porque ya la vida logra darnos nuestro propio acervo. Le envié un ejemplar, porque le admiraba a través de las obras suyas que conocía, de sus artículos de periódico, de sus deliciosas crónicas. Me contestó en una carta abierta que se publicó en el diario *La Discusión*. Era una mezcla de admonición y de aliento. Sin duda alguna lo más realmente sincero que se dijo de mi obrita. Me aplaudía y me vapuleaba; era más una zurra que un elogio. Lo primero que me censuró (y tenía razón) era el haberme inspirado en motivos históricos de otro país; y me decía: “¿por qué no estudia y profundiza en nuestra historia americana o nacional, en busca de héroes y asuntos para sus obras?”

Crudamente, junto a la exaltación de una juventud que reconocía en mí consagrada al estudio y a la meditación, combatía lo que él estimaba mi desorientación al elegir los temas de mis obras; y sobre el canevá de mi *Adaris* tejió una admirable lección de estética y de patriotismo, en la que pugnaban por brillar más su magnífica preparación de amplios horizontes y su franqueza constructiva, digna de gratitud y no de enojo. Previendo en mí una reacción airada, me decía en su carta pública: “Hoy será usted quizás, mi más feroz detractor, se refugiará usted en los elogios superficiales que le han otorgado y desde ellos me considerará usted un entrometido, un presuntuoso, aquejado de megalomanía y celoso de su gloria de usted. ¡Las cosas que pensará de mí!, pero mañana, si no me equivoco y prosigue usted su desenvolvimiento intelectual, será usted mi amigo, un amigo sincero y verdadero, como los que aspiro a tener cuando seamos todos —usted y yo y todos los jóvenes estudiosos de hoy— los intérpretes y directores de la conciencia nacional cubana.”

Sin embargo, lejos de lo que él esperaba, mi reacción fué, como merecían su atención a mi obra, su gesto y su acierto, de reconocimiento y de agradecimiento. Le escribí con honradez, con la humildad honrada que he sentido siempre en mi vida y que nada, ni las

mayores injusticias y atrocidades de que he sido víctima a lo largo de mi vida, ha podido modificar; y por el contrario de lo que le sucediera en otros casos análogos, surgió desde aquel momento una amistad profunda que con el tiempo se acrecentó y no decayó jamás. Al contestar mi carta, que sin duda fué una sorpresa para él, me decía entre otras cosas: "Sí, hace usted bien en atender, no consejos, sino sugerencias, ideas nuevas, sacudidas, horizontes vistos por otros. Está usted en el verdadero camino del triunfo. Y que no es otro; desengáñese. La mediocridad general de nuestra producción no tiene otro origen... Vivimos sin aire, sin renovación de ideas... No se sale de la 'piñita' vulgarota y tonta, donde tomar las cosas en serio es delito que se paga con la sonrisita y el menosprecio de los demás... ¡Perdóneme que lo supusiera capaz de irritarse conmigo! Es que soy joven, amigo Remos; y al pensar en los nuestros lo hago en la regla general. Como joven que soy, reconozco que carezco de autoridad (naturalmente para aquellos que sólo saben calcular la autoridad por el color del cabello), y al referirme a usted, recordaba las malacrianzas que he sufrido, por parte de otros compañeros nuestros, al emitir mis ideas... Le escribo al correr de la máquina, atendiendo más al calor de la sinceridad que a la corrección de la expresión. Quiero contestar su carta 'en caliente', con la grata emoción de su reciente lectura... Sospecho que hemos de ser muy buenos amigos."

Perdonadme ahora, señoras y señores, que me haya detenido en este episodio; pero lo considero elocuentísimo para poner de manifiesto aquel su temperamento, así como la curva de una trayectoria que alrededor de su pensamiento y de sus actitudes creó grandes equivocaciones y dió lugar a enjuiciamientos muy erróneos sobre la verdad de su corazón y sobre la limpieza de sus intenciones. Además, para comprender a fondo su postura en la obra literaria que enaltece su memoria, es imprescindible asomarnos a estas evidencias del actor humano del autor, que es donde hallamos la génesis de sus rebeldías, de sus empecinamientos y de sus inquebrantables convicciones.

Los que conocimos a fondo a José Antonio Ramos, pudimos no compartir algunos de sus juicios y hasta lamentar más que condenar ciertos extremismos de su carácter y de sus proyecciones; pero teníamos la certeza absoluta de que jamás se movió su voluntad, impulsado por un afán de lograr con su gesto ulteriores ventajas personales.

Al contrario, fué siempre víctima de su sinceridad, que a veces, en un hombre de su extraordinario talento, de sus copiosas lecturas y de su amarga experiencia, resultaba candorosa. Cuando ejerció la crítica, no lo hizo como otros que buscaban la notoriedad de su agresividad, para hacerse temibles y alcanzar a la sombra de su pontificado, preeminencias y exaltaciones provechosas; no para desplazar a los que habían llegado aun por mérito propio; lo hacía simplemente porque estimaba que él estaba destinado a cumplir una misión en Cuba, y estaba obligado a no apartarse de ella un ápice.

Este es el José Antonio Ramos que descubrimos en sus novelas y en su teatro y en sus ensayos; este es el José Antonio Ramos de *Las impurezas de la realidad*, de *Tembladera* y de *El manual del perfecto fulamista*, su vigorosa diatriba contra los trepadores de la vida pública. Pero el que le conozca a través de su bibliografía, no puede imaginarse aquel hombre cordial, cariñoso, tierno, de una ternura casi infantil, que no tuvo jamás un doblez, que no engañó a nadie, porque pecó por todo lo contrario, por ser demasiado explícito con los demás. Y su inflexibilidad lo llevaba a ser firme e inmovible, aun con los amigos que más quería. Fué, en verdad, un raro "espécimen"; a tal extremo que yo no conozco otro igual entre mis compatriotas. Y es natural que quien así se producía, a contrapelo con la realidad imperativa, con las normas inquebrantables sin las cuales la vida de relación se hace inllevable, cosechaba enemistades sin cuento, producto de una duda de la incomprensión del sujeto complicado que había en él, en medio de su paradójica sencillez externa.

La novela de José Antonio Ramos es eminentemente política y social. Era el mejor marco para su apostolado; y aunque personajes, instituciones y voluntades en general afectados por su pluma hayan contribuído a no dar a sus creaciones novelescas el verdadero realce a que son acreedoras, no podemos negar que la perspectiva del tiempo se encargará de reconocer el mérito y la significación que entrañan. Su prosa delata al escritor preocupado esencialmente por la idea, y que deja correr la pluma sin perifollos en el estilo. Dice con claridad y corrección, pero nunca se le advierte entretenido en hilar primores. Va hacia un pensamiento central; dispone con sentido lógico su plan imaginativo; infunde vida intensa a sus personajes; pone en sus labios el lenguaje de su cultura y de su jerarquía social; pero ni aun cuando el novelista habla directamente al lector, cuando

dispone de esa libertad que le da espacio y oportunidad para dar vuelos al giro literario (en las descripciones y en los comentarios, en cuyo ejercicio han cimentado su gloria tantos escritores insignes), Ramos cultiva la voluptuosidad de la figura artística y la coquetería del buen decir. Su prosa tajante prefiere la vía precisa y detesta el eufemismo con que suelen atenuarse los conceptos más duros y sangrantes.

La novela política ha tenido en Cuba algunos cultivadores de talla; desde el cuento pletórico de fina fantasía, de Esteban Borrero Echeverría (de elegante y profundo estilo), hasta el tríptico vibrante de Raimundo Cabrera, inspirado en la historia de sus días y transido de dolorosas experiencias personales. Pero los dos grandes disectores de la sociedad y dentro de ella y especialmente de la política, en el género novelesco, han sido entre nosotros José Antonio Ramos y Carlos Loveira; y aunque aquél mejor hablista que éste, ambos, sin embargo, coincidentes en dotar al relato de una transparencia tal en el lenguaje, que jamás ocultara la intención de la idea entre la fronda de una elegancia literaria. Con más vuelos imaginativos que los dos, con mayor empaque artístico si se quiere, Luis Felipe Rodríguez, en la concepción digna de Daudet, de Damián Paredes, lleva la novela política en Cuba a su más alto grado estético.

Las novelas de Ramos, desde la aparición de *Humberto Fabra*, en 1909, hasta *Caniquí*, en 1936, revelan su izquierdismo temperamental; y aunque hay distancia de ponderación y de esfuerzos por depurar la idea, desde una a otra, y hasta cierto antagonismo en la visión del destino humano, tanto en lo individual como en lo colectivo, entre 1909 y 1936, existe, no obstante, una comunidad genealógica, que les da a ambas fechas la postura inrectificada de su espíritu demoledor de la realidad existente, aunque siempre con una finalidad noblemente constructiva, porque junto a la piqueta, tuvo a mano la cal y el cemento para construir de nuevo. No vituperó y condenó sin dejar de señalar el camino de la rectificación. Sus convicciones pueden ser discutidas; lo que es indiscutible es la buena fe, la sana intención con que las alentó.

Humberto Fabra, novela escrita bajo la influencia naturalista y animada por una tesis que exalta los más caros anhelos del anarquismo, es aún el producto de una juventud que trepida por el estímulo de hondas agitaciones mentales que no se han encauzado

debidamente, para dar al escritor su tónica independiente y distintiva. La vehemencia natural de José Antonio Ramos espoleada por la fiebre juvenil, eso es *Humberto Fabra*. Pero allí palpitaba ya la presencia de un escritor de fibra, de garra; el que más tarde habría de consolidar su personalidad en obras polémicas que tantos rayos habrían de desatar sobre el autor, pero que a la postre le consagran como polígrafo de innegables y persistentes valores.

Muchos años pasaron sin que José Antonio Ramos volviera a escribir novela alguna, dedicando sus actividades de escritor al teatro y al ensayo; hasta que en 1927 publica *Coaybay*, novela en que se refleja el ambiente político de nuestro país; en que remueve las entretelas de nuestras características de pueblo desorientado y mal influído; en que desnuda las falacias y el descoco de los políticos-tros y clama contra la ineficacia de los programas de partido que han sido siempre letra muerta en la historia republicana; en que analiza las relaciones de Cuba con los Estados Unidos, contemplando el panorama deprimente de la ingerencia extraña, antes de la aparición de Roosevelt el Grande. Imagina una revolución al uso, derrocamiento del gobierno y advenimiento de un patriota puro que no puede contrarrestar los vicios arraigados. El hijo de este patriota incomprensido es el tipo más interesante de la novela. Encarna al propio autor, en cuyo fuero interno yo sé que se sentía históricamente un tanto José Antonio Saco, con poca fe en las insurrecciones, esperanzado en la posibilidad de un cambio en la ideología y en los procedimientos, por virtud de un reformismo eficaz, encaminado a la construcción de la riqueza nacional, cuyas raíces están en el agro, y a la transformación de la conciencia ciudadana por otros medios educativos. A través de este personaje, que se llama Washington, el autor se exploya así:

Quiero darle a mi pueblo su verdadera libertad. La libertad relativa a nuestros medios de acción, y bien instruída de las reacciones normales de nuestros actos en los medios natural y social en que vivimos.

Pero no empiezo por lo último como haces tú, imponiendo un cuadro de valores en que la designación de la persona que ha de ser Presidente de la República ocupa un desproporcionado lugar, casi tan básico como el derecho de comer o dormir. Diríase que el primer atributo de esa libertad que tanto defienden nuestras revoluciones en América, es la de elegir amo.

Yo creo que el nuestro no es un problema político, sino un problema económico-social.

Yo me permito creer, sin embargo, que la batalla más gloriosa de esa cruzada no ha de ser tanto en el campo y a tiros como en la tribuna, en el libro, en el periódico y en la escuela, para hacer a nuestros compatriotas desistir de su sentido tradicional en la historia, fatalista y estático, y comprender el verdadero significado de la civilización: esencialmente dinámico. ¡Como que es un perenne y doble reajuste del hombre entre sus semejantes y entre las fuerzas desordenadas de la naturaleza, cada día más dóciles a su voluntad! Y obra humana además, mejorable al infinito y digna siempre del mejoramiento.

Nuestro pueblo está harto de hipocresías y decepciones, y ha de corresponder activamente al formidable movimiento de sinceración.

No más exaltaciones patrióticas, siempre a favor o en contra de imposibles Washingtons o Napoleones. No más figurones inep-tos, o amigos en los puestos de fecunda actividad administrativa. No más relegamiento suicida del negocio principal al capricho del político de oficio. No más enjuagues de pactos y arreglos secretos, mientras se reservan los discursos y las nobles actitudes para las letras de molde.

Estas ideas persisten en toda la novelística de Ramos, aunque varíe la trama y sean otros los protagonistas y otro el ambiente. Para él, la novela ha de responder a un fin trascendente y no puramente estético; y es vehículo, como sus dramas y sus ensayos, artículos y conferencias, para desarrollar su ideario reformista.

Las impurezas de la realidad, editada en 1931, la más literaria de todas sus novelas, toca los vitales problemas sociales del conflicto de razas y de la legitimidad conyugal. Aunque reconocemos el mejor cuidado de la forma en esta novela, con respecto a las otras que produjo, no es obra, sin embargo, que en el orden puramente artístico alcance la pulcritud y el esplendor literario de otros dos novelistas cubanos de este siglo que abordaron temas sociales con singular maestría: Jesús Castellanos y Miguel de Carrión; únicos que en el esteticismo de la novela pueden hombrarse con aquel maestro del decir impecable que fué Alfonso Hernández Catá, fecundo y antológico. Pero en cambio, ninguno fué tan adentro y con tanta valentía como José Antonio Ramos, a no ser Carlos Loveira. Uno y otro, como ya dijimos, sacrificaron la sensibilidad y el embrujo del arte, a las ingentes palpitaciones sociológicas.

Caniquí, en 1936, cierra la bibliografía novelística de Ramos. La tesis política se afianza, en esta narración, en raíces históricas, y tiene como escenario del drama novelesco, la tradicional ciudad de Trinidad, el mejor ambiente para la evocación y para los contrastes. Es, entre todas las producciones imaginativas del ilustre escritor, la que más recoge su rebeldía; la que parece resumir la amargura de sus años quemados en inútiles predicaciones y pagados con dicitos, injusticias y pretericiones. El autor encarna de nuevo en su protagonista y dice sin ambages su verdad triste. Es, a nuestro juicio, la novela de Ramos que transpira más emoción; y la que nos muestra, a toda plenitud, el alto espíritu que le animó; aquél que a través de Juan Antonio hace esta confesión inmbuía de intenso espiritualismo que muchos acaso no concibieron nunca en aquel implacable fustigador de las mentiras sociales, y a quien se cree oficiando en el naturalismo crudo:

He vuelto a verte y me he desengañado de que es amor y no otra cosa lo que a ti me atrae. Amor puro y legítimo, Mariceli, que no se avergüenza de mostrarse en este instante solemne. Cariño que nace en lo más hondo de mi alma: en mi necesidad humana de una mujer, de una compañera a quien confiarle así mis cosas más íntimas; a quien poseer no sólo en cuerpo, sino en lo más insignificante de su pensamiento, en lo más elevado de su espíritu. Así fuimos hechos, Mariceli. Así nacimos. Y no sé por qué me parece el mayor de los pecados esa idea abominable de que en pecado fuimos concebidos y que en pecado nuestro cuerpo nos mantiene. Dios es Amor. Y Amor es Creación. Ser feliz en el amor humano es redimir nuestra materia, es crear, es convertir nuestros cuerpos en algo vibrante como un cántico, como una hoguera de sacrificio. Y nuestro Gran Pecado es nuestra ignorancia, nuestra torpeza para redimir ese amor de sus complicaciones animales.

¿Verdad que hay en estas palabras la revelación más elocuente de un alma superior, de una mentalidad poderosa que logró depurar su barro y elevar al hombre muchos codós de la escala zoológica?; es decir, una profesión de fe que no desconoce la materia, sino que la sublima; que es la verdadera eficacia del espiritualismo en función social; aquella que cuando alza el vuelo lo lleva todo consigo: carne y flúido; y que es la única que puede hacer buena la bellísima frase con que Ramos cierra la narración de *Caniquí*: “Entremos con un beso sin palabras, sin amanecer, en lo eterno de la Noche.”

Muy limitado es el marco de una disertación como ésta, que ha de concertar con otras en el homenaje que el Ateneo de La Habana rinde a José Antonio Ramos y en el que participan tan calificadas figuras como Chacón y Calvo, Max Henríquez Ureña y José Juan Arrom, para analizar, con todo el interés que merecen, sus creaciones novelísticas, por las que hemos pasado apenas, al propio tiempo que evocábamos al amigo inolvidable. Pero no ha de ser tan inútil el esfuerzo realizado, como para que no nos sirva por lo menos para hacer una observación, desde *Humberto Fabra* a *Caniquí*; y es que no obstante mantener José Antonio Ramos su inveterado izquierdismo, no obstante mantenerse fiel a su criterio sobre las reformas sociales y políticas que anhelaba para Cuba, en sus obras se va advirtiendo una transformación paulatina, pero firme, que cada vez va acentuando más el sentido espiritualista del autor. Y los que tratamos muy íntimamente a Ramos comprendemos la gran paradoja que había en él, producto de íntimas y conmovedoras perplejidades; pero nos atreveríamos a asegurar, sin temor a equivocarnos, que su acendrada espiritualidad, su incontrastable limpieza interior en pugna incesante con las impurezas de la realidad, fué lo que provocó en él la búsqueda de un camino determinista, de una senda erizada de evidencias, de cifras y de actas históricas, que desembocara al fin en la creación de un nuevo clima moral y social, en el que sus ensueños de poeta pudieran despojarse del disfraz y ofrecerse sin temores a todas las miradas, porque entonces la nueva Cuba sería capaz de entender su lenguaje, el suyo, el que ocultó bajo el chasquido de los latigazos, el que sólo pudimos oír a veces los que más nos acercamos a su corazón, y el que ya comienza a comunicarse con los demás, imposibilitado de mantenerse ahogado tanto tiempo, en las páginas veristas y románticas a la vez, de su casi ignorado *Caniquí*.

Día vendrá en que el recuerdo de Ramos sea algo más que una mera ceremonia. La perspectiva del tiempo le dará su lugar, su justo lugar, en la historia de nuestras ideas, como en la historia de nuestras letras. Pero mientras llega ese día, los que supimos de las grandes virtudes del hombre y del escritor, del pensador y del soñador, estamos en el deber de honrar reiteradamente su memoria, como hoy lo hacemos. Con él más obligados que con otros, porque él fué una figura de primer orden, a quien las circunstancias y las eventualidades han hecho confundir y han deformado; con él que en el prólogo de su última novela eleva un canto a las que él califica como "las más

bellas páginas de nuestra historia”, y dice que son “las que escribieron nuestros poetas, nuestros maestros y nuestros *soñadores*”; con él que tenía, sí, el orgullo de su ministerio impuesto por su propia voluntad, y que en la época en que estaba de moda el publicista Brisbane, cuyos artículos reproducían rotativos de todo el mundo, al pedirle la empresa de un diario donde él escribía una sección titulada “Pan y Circo”, que escribiera, en lugar de ésta, otra como la de Brisbane, le contestó con honrada altivez: “Dígale más bien a Brisbane, que escriba un ‘Pan y Circo’”; con él, que fué uno de los escritores mejor enterados de nuestros días, una de las más sólidas culturas (de origen humanístico) y uno de los pocos que en Cuba dejan al morir una amplia producción de considerables proporciones, susceptible de ser discutida, pero digna del más alto respeto.

Alma sensible a todas las ternuras, que el destino hizo aparecer con intención de lobo. El fué una mentira más ante el juicio de sus contemporáneos, entre las tantas mentiras que quiso combatir. Sea su muerte, lamentable, la reivindicadora de su verdad. Y yo, con la emoción de su recuerdo, que tantos otros asocia a mi existencia, lo proclamo sin vacilaciones: la propia grandeza de su espíritu, empuñó el marco de sus actividades. Sea la posteridad, pues, la que ensanche ese marco, el que se ofrece abierto y propicio para tantos trepadores y simuladores, y se estrechó cruel, sin embargo, para aquel legítimo defensor de la patria, del ideal y de la belleza.

JUAN J. REMOS